



Selección de poemas

Emiliano Álvarez

PAUSA

(Me detengo en tu nombre. Lo miro disolverse, callar su laberinto y dejar limpio al silencio. Dentro de esa limpieza, me obsesiono pensando en los lazos y amarras que tu nombre despliega sobre ti, luces sólidas. Me detengo a mirarte cargando con tu nombre. Se expande en ti, se infla, recorre el espacio entre tus senos, los bautiza con saliva y con aire, puebla el espejo, boca de luz, y también puebla tu boca. Aun si hubiera podido ser distinto, si fue un capricho más allá de ti, no importa: pensar en ti sin él, es imposible: Dentro te lleva: vaso de aire que permite tomarte entre los dedos)



ORFANDAD

Mi mujer conoce su negativo, “su reverso de virtualidades,
su espejo profundo” (aquella realidad sin nombre)
y aún a veces llora con la mano puesta sobre el vientre.
David, en ese poema que cito, dice que recogió el silencio
en los ojos de una mujer agonizante que, intuyo, era su madre.
Álvaro prefirió llenarse de cenizas, comer despojos,
bañarse en muerte, antes del miedo o el asco
o la indiferencia de otros. Mi padre nunca llora,
pero un día vino a mí y me dijo “Necesito que me abracés.
Extraño mucho a tu abuelo”. Mi hermano Guillermo
nunca habla del suyo; yo creo que murió,
(y si no, qué peor muerte que esa),
y Fanny bromea con morbo cuando siente cerca
la de cualquiera de sus padres.
Para Borges, la lluvia carga con su pérdida,
hecha de pasado, y una mujer blanca, que yo abracé
algún día, omitió las pruebas de un suicidio
para poder seguir viviendo.

Recojo estos testimonios; bebo de ellos.
Algún día me enfrentaré yo a ella.
Seré tan universal y tan preciso
como todos. Valdrá, por eso,
lo que yo tenga que decir,
sin voz, o a gritos.

DEÍCTICO

La palabra *aquí*
es una palabra inmensa.

Habla, en este momento hecho de tinta,
de una pintura blanca,
de una ventana abierta,
de la lluvia
y su silencio.

Aquí, es este cuarto donde el polvo
se agazapa detrás de cada mueble.

Pero ha sido tu espalda y el viaje y la rutina,
el cuello iluminado de algún bosque,
y aun cada lugar
que recuerdo o no recuerdo.

Aquí, ahora, ayer,
allá, mañana,

sílabas de latitud inabarcable,
escurridizas y constantes
como los ciclos de la luz.

VUELO DISLOCADO

Que recordaremos siempre
que volar es miedo.

Se aferraba a la vida
la sorpresa de tu piel,
a que olvidáramos un poco la agonía
entre la piel de los trigales.

Yo te quise llevar a oler las nubes;
yo te quise llevar a oler
de esa flor redonda y colorida
que pasaba entre los montes
como queriendo acariciarles el orgullo
entre la flaqueza del mimbre.

Te advierto que llevaré siempre cosida
esa flor colorida de hule,
la maravilla que es amar colgado del vacío,
el meter nuestras pupilas
en las cabalgatas frías del viento,
la emoción, rocío y combustible
de que el olvido ya no existe entre nosotros.

Pasó poco más de una hora
y el himen roto de la noche,
y la ceguera inmensa del sol.

(Yo te quise llevar a oler)

Recordaremos siempre
cómo nuestro diminutos cuerpos
se bañaban de sangre anaranjada,
y sentimos los gritos de la luna
y aprendimos ternura y desafío
en los balcones del viento
con el mundo haciéndose remoto.

Te advierto desde hoy
los rugidos del fuego,
como una pelusa de luz
dejándose llevar hacia la nada
con la certeza antigua
y el himen roto de la noche
y un cuerpo cubierto de secretos.

Llegamos a la hoguera del vuelo
en el horizonte
colgados
y de un mismo color verde.

Y la madrugada iba dejando
un perfume
aquel amanecer. ■■